

El cambio cultural en la Europa occidental y su incidencia en la educación en la fe

*JULIÁN LÓPEZ-GARCÍA**

1.ª PARTE: EL CAMBIO CULTURAL EN LA EUROPA OCCIDENTAL

1. EL ENFOQUE DE ESTA EXPOSICIÓN

Se enfoca esta exposición desde el punto de vista sociológico, es decir, a partir de los hechos de nuestra cultura de la modernidad y posmodernidad y de los retos que esta cultura presenta a la fe. El objetivo de este trabajo es ayudar a una inculcación de la catequesis, siguiendo en esto a Jesús, que se insertó en la cultura judía para predicar el Evangelio. En primer lugar, **se tratará de la realidad cultural de la Europa occidental**, como contexto en el que se sitúa la fe cristiana, la Iglesia, y por tanto la educación en la fe; aunque esta realidad cultural de la Europa occidental coincide en muchas de sus características con otros países culturalmente avanzados del mundo y con otras partes de Europa, sin embargo se diferencia de ellos, en que la cultura occidental europea actual incide, con una fuerza más intensa, en

* Director del Departamento Investigación Sociológica, Madrid.

desplazar la vida cristiana de la realidad socio-cultural. En esta primera parte pretende conocer por qué los europeos ya no ven el cristianismo como un dador de sentido de sus vidas, que es lo mismo que pretender conocer las causas del desplazamiento del cristianismo de la realidad cultural europea; el acercamiento a la modernidad y la posmodernidad será el medio para entender el cambio cultural en la Europa occidental.

Respecto a la segunda parte de esta ponencia, trataremos de ver la incidencia del cambio cultural en la vida cristiana y qué respuestas y tareas necesita esta sociedad de hoy respecto a la educación cristiana en la fe de Jesús. Es evidente que el espacio de que disponemos para tratar estos temas, en sí profundísimos y amplísimos, nos obliga a todos a situarnos en un clima de síntesis y de modestia y humildad en el acercamiento a todos estos temas tan complejos.

2. EL CAMBIO CULTURAL DE LA EUROPA OCCIDENTAL Y SU INCIDENCIA EN LA REALIDAD CRISTIANA

Los europeos con diferentes nombres, secularización, descristianización, posmodernidad, etc., han tratado de describir un fenómeno que todos captan, modernidad si bien en grados diversos, según las regiones de Europa¹:

- **La relación de la sociedad respecto al cristianismo no es la misma que antes:** los estamentos sociales generadores de cultura, como son la política, los medios de masa (prensa, radio y televisión), la universidad, no son transmisores y portadores de los valores cristianos; más aún, profundos valores humanos que tienen raíces evangélicas, se manifiestan sin referencia explícita, ni al Evangelio, ni a la Iglesia.

¹ *La Misión S. L. en Europa*, pp. 1 y 2.

- **El clima social europeo contemporáneo es autónomo o independiente respecto a lo cristiano**, en cuanto que el Dios cristiano ya no es considerado como la realidad última que da sentido y fundamenta todas las otras realidades de la vida.
- La sociedad europea no conduce ya a la fe cristiana: **este fenómeno supone un verdadero giro y cambio cultural en Europa**. La «pérdida de la fe» hoy tan lamentada, es sobre todo la constatación de la desaparición de un entorno socio-cultural que la sustentaba. La fe cristiana ya no es una opción cultural, sino una opción personal; exige personas con profundas convicciones, madurez y responsabilidad, para poder vivir cristianamente en una sociedad donde no existe, o apenas existe, el soporte cultural religioso.
- Uno de los factores que explican la importancia de **la secularización en Europa occidental es que se haya hecho un fenómeno de masas**. La experiencia de un mundo secularizado era propia de minorías filosóficas del siglo xix y de principios del siglo xx; la secularización tiene la característica de haberse hecho popular, se ha difundido a través de la educación, de la cultura y de los medios de masa en el pueblo, en la sociedad occidental de la Europa de nuestros días y se ha convertido en doctrina práctica de la gente.

El hecho de que la sociedad europea se haya secularizado, no quiere decir que sea una sociedad sin valores; los ciudadanos de las sociedades europeas comparten, y cada vez más, un conjunto de valores fundamentales, como los derechos del hombre, la democracia pluralista, la solidaridad, la tolerancia ante otras convicciones, la insistencia de que es la propia conciencia la última instancia en las cuestiones éticas, la gran estima por la comunicación y la participación en todos los procesos que atañen al individuo, a la sociedad y al medio ambiente, el deseo de la libertad y autodeterminación a la hora de configurar la propia vida, el escepticismo ante las pretensiones absolutistas, etc. Valores que, por otra parte, tienen su origen

en la tradición cristiana, aunque funcionaran poco en el pasado cristiano y que, por su olvido en el pasado, hoy son reivindicados de una manera autónoma e independiente. Más aún, esta cultura abierta a todas las libertades y creatividades, a todas las posibilidades de expresión y de asociación, ofrece serias posibilidades para el futuro de la fe cristiana, aunque el descubrirla y vivirla no sea fácil, como más adelante se va a constatar.

3. LA CULTURA CRÍTICA DE LA MODERNIDAD Y LA REALIDAD CRISTIANA (O POR QUÉ LO CRISTIANO HA DEJADO DE TENER EL APOYO DE LA CULTURA EUROPEA)

La noción de modernidad se utiliza frecuentemente para expresar un conjunto muy complejo de procesos sociales, económicos, políticos o culturales que tienen su origen en **la afirmación de la razón en la ciencia**, que emerge ya con gran fuerza en las Ilustración y está ligada al proceso de industrialización. La noción de modernidad la utilizamos aquí como un medio para expresar el proceso general de cambio en el que las sociedades europeas occidentales están implicadas en los últimos años del milenio y en el comienzo del nuevo.

Quizá lo que más impresiona al estudiar la modernidad es que, en sus conceptos y contenidos, se capta, constata y comprueba lo que las personas normales están viviendo en su vida cotidiana y en la calle; la modernidad no es algo inventado, abstracto, sino que es una sistematización de lo que se vive.

En esta exposición para intentar dar una explicación breve del proceso de modernidad vivido por las personas en su vida de cada día, y captado por los teóricos de la modernidad, se utilizan cuatro rasgos: la fragmentación de la cultura, el pluralismo, la economía como centro de la sociedad y la individualización; es evidente que esta división del proceso de la modernidad en rasgos distintos es metodológica, ya que los cuatro rasgos (que no son exhaustivos) forman un conjunto en que se entremezclan, se complementan

y se explican mutuamente. En tanto que procesos sociales estos rasgos no ejercen una influencia única, ni específica sobre la vida cristiana, sus efectos se dejan sentir también en múltiples áreas como la política, la educación, la economía, la familia, etc.

Cada uno de estos rasgos expresa una realidad vivida por los europeos occidentales; todos ellos tienen vertientes positivas y negativas, y todos afectan a la vida cristiana, y, en su caso, a la Iglesia y a la educación cristiana en la fe.

3.1. El proceso de fragmentación de la cultura

La fragmentación de la cultura y el pluralismo ideológico son las dos caras de una misma moneda².

El proceso de fragmentación o segmentación de la cultura es debido al carácter complejo de la organización de la sociedad moderna con respecto a las sociedades tradicionales; se manifiesta en el hecho de que los diferentes dominios o campos de actividad, tales como la economía, la política, la religión, la educación, la ciencia, el arte, etc., al crecer socialmente y agigantarse en sus respectivas áreas, se especializan y se hacen relativamente, o *de facto*, autónomos los unos respecto a los otros.

Los efectos de la fragmentación de la cultura en la religión son muy serios, ya que la religión se ve obligada a resituarse en la sociedad en dimensiones esenciales:

- a) La religión (como otros campos, el económico, el político, el científico, etc.) obedece a una lógica particular, en el sentido de que la religión se organiza según unas reglas y regularidades específicas.

² Cfr. Roland J. Campiche, A. Dubach, y otros, *Croir en Suisse(s), l'Age d'Homme*, Lausanne, Suisse, 1992, pp. 27-29.

- b) La religión hoy no ejerce *a priori* un rol orientador, o de explicación de sentido que se extienda a todos los niveles. Cada sector social es autónomo; **se ha secularizado**, al independizarse de las instancias religiosas.

La cultura, la política, el arte, la economía, las instituciones sociales y culturales (la familia, escuelas hospitales...) son autónomos e independientes de las instancias religiosas; hoy esto es una constatación adquirida y pacífica en el mundo occidental.

Una fragmentación de la sociedad y de sus instituciones no va en contra de la religión, ni del cristianismo. Pero sí favorece el desarrollo:

- de que instancias antes subordinadas a la religión, se constituyan ellas mismas en dadoras de sentido (asumiendo, en cierta manera, el rol de la religión), como por ejemplo la economía, la política, o instituciones, como el mismo Estado laico, etc.
- Una fragmentación de los valores y una multiplicación de los mismos; y por lo tanto una gran dificultad para la transmisión de los valores y la asimilación de los mismos.
- Favorece el antropocentrismo, centra todo sobre la subjetividad de la persona acentuando su autonomía.
- Favorece la increencia y el ateísmo práctico, Dios no es reconocido como el dador supremo de sentido.

3.2. El pluralismo

El pluralismo es el efecto de la fragmentación de la cultura y de la vida social en las personas y en las instituciones sociales; significa que las sociedades modernas, sobre todo las de la Europa occidental, poseen un universo de conocimientos, valores, principios y normas de las cuales **participan prácticamente todas**, como si fuera algo preexistente y ya

dado; y, *al mismo tiempo*, **coexisten, en un estado de mutua acomodación, diferentes universos** parciales de conocimientos, valores, principios y normas.

Respecto a la religión, el pluralismo significa la ausencia en la sociedad moderna de la unanimidad religiosa y moral, que caracteriza generalmente a las sociedades tradicionales. El pluralismo afecta en su raíz al monopolio de legitimación (o donación de sentidos últimos a las grandes realidades de la vida) ejercido por la religión y es una de las causas principales de la secularización.

Una de las manifestaciones más claras del efecto del pluralismo en la religión, es el Estado Laico; la ruptura del principio unitario (unión de la Iglesia y el Estado), le priva a la Iglesia de su estatuto de aparato ideológico del Estado; la Iglesia ya no tiene el monopolio de la emisión de la significación; una de sus consecuencias que la gente vive en la práctica es que la religión es irrelevante para la resolución de los problemas de la sociedad, ya sean sociales, políticos, morales o económicos. Aunque hoy por hoy no se puede negar, que el influjo de la tradición cristiana empape con profundidad la cultura colectiva de la Europa occidental.

Será la posmodernidad la que va a acentuar el pluralismo, sobre todo en la vertiente del pensamiento, al criticar y poner en duda el imperio de la razón, proclamado por la modernidad; la posmodernidad va a rechazar todo **pensamiento globalizante o unitario** (típico sobre todo del pensamiento religioso) y sólo admitirá un pensamiento fragmentado; sólo hay lugar para el «pensamiento débil».

Si a esto (fragmentación de la cultura, pluralismo y pensamiento débil) se añade una cultura de cambios continuos acelerados, se está muy próximo del **relativismo total** como componente esencial de la cultura, donde apenas hay cabida para lo absoluto, lo estable, lo perpetuo.

3.3. La economía como centro de la sociedad

Toda sociedad tiene «un centro» o realidad a partir del cual las actividades individuales y colectivas cobran sentido³. Este papel lo ha cumplido durante siglos la religión, el cristianismo. En este último siglo, al menos, se van a cambiar los papeles centrales de la sociedad: la institución religiosa va a ceder su puesto central a la economía. Las cuestiones centrales de la sociedad ya no son el destino último del hombre, la salvación, la gracia, el pecado, etc., sino las realidades económicas, la producción, el rendimiento, la ganancia, el dinero, etc. Los valores que estimulan el sistema económico han subido a la cima de la escala axiológica social; se produce una nueva cosmovisión, en la que el sistema económico se coloca en el centro valorativo de la sociedad y la religión queda desplazada de su centro.

Todos los valores racionales y de comportamiento que requiere la actividad económica para que tenga éxito son los que vienen a ocupar el centro de los deseos de las gentes: la eficacia, el rendimiento, la funcionalidad, la rentabilidad, la competitividad, la organización, etc.; el mismo bienestar social se ve desde el punto de vista económico: la economía no irá bien sin el bienestar de los ciudadanos. Las mismas fiestas religiosas están determinadas por los calendarios laborales.

Los ideales de la modernidad europea de racionalidad, libertad, justicia, vida feliz, van a ser perfilados de acuerdo con el modelo de sociedad y de persona humana que genera el sistema económico y su centralidad, que ya no se discute; (aunque en estos días, ante el descontrol de la economía globalizada, se afirma que la centralidad de la sociedad debe ser la política y el Estado y no la economía). El crecimiento económico industrial trae la revolución industrial, la concentración urbana, el auge de la empresa y de las multinacionales, y la burocratización o racionalización administrativa.

³ Cfr. J. M. Mardones, «El desafío de la posmodernidad al cristianismo», *Cuadernos S y F, Fe y Secularidad/Sal Terrae*, 198 pp. 17 y 18.

Las vertientes positivas de la racionalización de la economía para la sociedad son innegables; pero hay que reconocer que ciertos criterios económicos liberales vigentes, como los de que las empresas están únicamente creadas para ganar dinero, una economía de crecimiento a cualquier precio, competitividad económica mundial y una economía orientada a crear unas necesidades individuales, la mayoría de ellas artificiales y a responder después a ellas y satisfacerlas, someten a la Europa occidental a grandes tensiones económico-sociales.

Otro fenómeno importante producido por el sistema económico moderno es la masificación de la sociedad, que se define a la vez por el carácter industrial de la cultura y por la estandarización provocada por el consumo de masa.

La masificación abarca una doble dimensión: producir y consumir. Se caracteriza no sólo por los productos que se fabrican sino también porque la masificación afecta a las personas que consumen los productos elaborados. La masificación genera un tipo de economía de masas, que hace que las personas se vean insertadas en un consumismo de mercado; esta inserción de las personas en el mercado afecta:

- a todas las categorías de la población (desde el niño al anciano);
- a todas las esferas de la actividad humana (desde la vida privada al tiempo libre);
- a todo ser humano, en cuanto que la economía crea **necesidades infinitas**, y, como consecuencia, la persona humana se convierte en un consumidor incansable e insaciable de los productos que la misma economía le ofrece.

La producción se orienta hacia la satisfacción de necesidades individuales. El esclavizar a las personas con el consumismo es uno de los factores negativos de esta economía de mercado de masas; el consumismo favorece a su vez el hedonismo y el individualismo.

Es verdad que el mismo pluralismo cultural puede hacer que ciertos individuos se liberen de la cultura de masas, y no sean explotados por la producción y alienados por el consumo; pero de hecho, la gran mayoría de los individuos son los que se ven atrapados por el consumo de masas.

3.4. La individualización o la personalización y el individualismo

En un contexto social y cultural que está enmarcado en la fragmentación de la cultura, en el pluralismo y la complejidad social e ideológica, en el mercado de masas y en el cambio social acelerado, el individuo es el «lugar social» donde se verifica el intercambio entre el hombre y la sociedad. Cuando **no existe una explicación del mundo impuesta desde el exterior (como antes lo hacía la religión) y que cada dominio social está regido por un conjunto de reglas particulares, en fin de cuentas es sólo el individuo el que debe asumir sus decisiones**, organizar las representaciones del mundo, de las cuales él tiene conocimiento, y constituir y jerarquizar esas representaciones y valores en un conjunto que tiene sentido para él mismo (aunque puede darse el caso de que estas representaciones puedan ser en sí mismas contradictorias).

En ese contexto social pluralista y masivo de la Europa occidental, el individuo vive en varios «sistemas de referencia» donde predominan modelos de valor y de interpretación muy diversos, validez muy parcial; por ejemplo la familia, los centros de formación (la escuela y la universidad), centros de trabajo, los medios de comunicación (que de hecho son los formadores de la opinión pública), los grupos religiosos, culturales y deportivos, la política o el partido político, los sindicatos, etc.; el individuo se ve obligado a **optar y elegir constantemente** dentro de esta pluralidad de realidades y valores ofrecidos y posibles, establecer prioridades, fijar criterios y crear determinadas constelaciones de valores para sí mismo.

El jesuita Medard Kehl, profesor de teología de Frankfurt, sintetiza las consecuencias que la individualización (o individualismo) tienen para la persona de hoy⁴: «Ante la variedad de modelos interpretativos y valorativos socialmente legitimados, el individuo se ve referido a **sí mismo** (o a su pequeño grupo primario) como último «punto de referencia» para tratar de alcanzar su identidad teórica y práctica. La actual apelación a *la propia conciencia* como último criterio de discernimiento y decisión en este proceso selectivo lo expresa claramente. Porque esa conciencia no suele ser una conciencia regida por un contenido que se orienta en normas dadas o aceptadas comunicativamente, sino más bien la propia conciencia como tal».

La obligada individualización que exige una sociedad moderna y pluralista lleva con mucha frecuencia a muchas personas al **subjetivismo** donde el propio yo, además de ser el formal de la decisión, aparece como el último fundamento de la valoración; obligado a prescindir de los valores del tejido axiológico de la sociedad por el excesivo pluralismo; y él mismo es el que se ve obligado, en gran parte, a tener que crear su propia jerarquía de valores. Esto acentúa la autonomía de la persona y genera un **instintivo rechazo del principio de autoridad**, que nunca se acepta, pero siempre también que se soporta y acata, porque no hay más remedio; la individualización lleva también, al relativismo y al sincretismo en factores importantes de la vida (moral, religioso, político, etc.).

Y este espíritu individualista (que con frecuencia se llega a hacer colectivo y social) tiene también como consecuencia el acentuar **la primacía del individuo sobre el grupo y el dar prioridad a los propios intereses por encima del bien común**; es decir se llega a absolutizar el propio yo, y la propia realización vital aun a costa de la vida de los otros, precisamente de los más débiles o de las generaciones futuras; esto, tanto a nivel personal como colectivo, lleva a irresponsabilidades personales, o sociales y políticas

⁴ Medard Kehl, *La iglesia, Eclesiología católica*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1996, p. 155.

(el aborto, la pobreza del Tercer y Cuarto mundo, los desastres ecológicos futuros por el uso egoísta de la naturaleza, etc.).

La primacía de la razón y del ser humano sobre todas las cosas proclamada por la modernidad, es decir, la autonomía de la persona, junto con la individualización, obligada por el pluralismo de la compleja sociedad moderna y la dinamicidad del cambio (humano, social, científico, técnico), todos estos factores abocan necesariamente en **una concepción relativista de la vida**, opuesta a todo lo que presente como absoluto, como estable, como perpetuo.

4. RASGOS CULTURALES DE LA POSMODERNIDAD

El Concilio Vaticano II con la «*Gaudium et Spes*» sobre la Iglesia en el Mundo Actual inaugura el diálogo con el Mundo Moderno, la Modernidad. Sin embargo, dentro de la misma Modernidad aparecen unos pensadores llamados posmodernos, que expresan el desencanto que una parte de la sociedad ha experimentado frente a los grandes mitos de la generación del 68; critican duramente el proyecto de la Modernidad y lo consideran como pernicioso. Esto supone para los cristianos y la Iglesia que no sólo tienen que hacer frente a la Modernidad, sino también a la Posmodernidad, sea esta la que sea.

Hay críticos que dicen que la Posmodernidad no es otra cosa que la misma Modernidad en cuanto toma conciencia de sus límites, peligros y unilateralidades, sin que pueda expresarse como una nueva época que realmente sustituya a la Modernidad.

El Padre Felicísimo Martínez O. P.⁵ hace una breve, pero profunda descripción de la sensibilidad de la Posmodernidad, al que vamos a seguir en esta exposición, aunque con algunas modificaciones que no afectan a su contenido:

⁵ Felicísimo Martínez O. P. «La Nueva Era (New Age) y la Espiritualidad», Confer. *Revista de Vida Religiosa* n.º 142, abril-junio, 1998, pp. 305-307.

He aquí las características de la Posmodernidad:

1.º La modernidad puso toda su fe en la razón; fue la era de la diosa Razón. La posmodernidad es *una reacción contra la dictadura de la razón*, que no ha sido capaz de garantizar el progreso de la humanidad ni la felicidad que tanto ansiamos. La posmodernidad se propone rectificar el rumbo de la historia: desconfía de la razón y de su capacidad para dirigir la humanidad hacia estadios superiores de felicidad. Cultiva **la cultura de la sensibilidad, de la emotividad**. Su criterio de acción no es lo razonable, sino lo apetecible, lo agradable, lo que provoca y llena el momento presente de placer y de felicidad.

Las dimensiones positivas de esta posmodernidad serían: destacar el ansia de felicidad del ser humano; cultivar la cultura de la sensibilidad y de la emotividad. La dimensión negativa sería romper el equilibrio, al menos deseado, entre la razón y el sentimiento y el hilo conductor de la Historia.

2.º La modernidad fue la etapa de los grandes metarrelatos (racionalismo, idealismo, marxismo... cristianismo), de las grandes ideas y utopías. La posmodernidad *es una protesta contra todo metarrelato o cosmovisión integral o pensamiento sistemático*, que alberga la coerción, la uniformidad y el totalitarismo; apuesta por un pensamiento débil, pragmático, fragmentario, basado en experiencias no racionales (y a veces irracionales). Nada de cosmovisiones; es mejor improvisar una interpretación de la realidad acomodada a las necesidades del momento.

La vertiente positiva sería el poner en su puesto a la razón y los sistemas que de ella se derivan, limando los absolutismos racionalistas, que van más allá de lo que la razón puede. La vertiente negativa sería caer en un relativismo radical.

3.º La posmodernidad *ha abandonado el mito moderno del progreso*, la fe ciega de los modernos en el progreso científico-tecnológico como garantía

de un futuro feliz para la humanidad. El resultado es que el ser humano se ha convertido en víctima de su propio progreso. Éste amenaza el futuro de la humanidad. Por eso la cultura posmoderna promueve la vivencia intensa y a tope del presente, sin preocuparse demasiado del futuro. Al posmoderno no le interesa la eficacia y el rendimiento, sino en la medida que proporcionan satisfacciones personales inmediatas. Por eso a la generación posmoderna le cuesta tanto comprometerse a largo plazo, aceptar compromisos de forma definitiva y de por vida. No hay lugar para estos compromisos, pues apenas tenemos garantía de un futuro inmediato. Sus compromisos son débiles, provisionales, momentáneos.

Por consiguiente, el posmoderno no está preocupado por buscar fundamentos o identidades definitivas; sino que lo que busca es ir construyendo su vida a retazos, por etapas cortas, con una «moral de situación».

4.º La cultura moderna se ha caracterizado también por las tendencias secularizantes. Primero fue el deísmo de escaso sabor religioso, que apenas confesaba un «dios ocioso» y despreocupado de la historia humana. No se niega su existencia, pero tampoco se cuenta con él. Luego vino ya el ateísmo militante, la negación frontal de Dios, la muerte de Dios como un enemigo del ser humano, del hombre emancipado y adulto, de la autorrealización de éste. Y finalmente, llegó la secularización o el secularismo como cultura cotidiana, como filosofía de la vida, o la eliminación del horizonte de la experiencia religiosa y de la trascendencia.

La Nueva Era (*New Age*), que fundamentalmente es un gnosticismo ecléctico que se nutre en gran parte de las ideas y contenidos de la Posmodernidad, sin embargo reacciona contra ella en esta dimensión de lo trascendente y reclama «la vuelta a lo sagrado» o el «retorno de los dioses». El posmoderno de la línea de la «New Age» busca la experiencia religiosa a cualquier precio y sin ningún canon, que no sea la medida del propio sentimiento; sin necesidad de mantener lealtades con las religiones y las iglesias tradicionales, sin normas ni mandamientos; cultiva la experiencia religiosa en cualquier

lugar y por cualquier conducto: en los más diversos grupos religiosos o parareligiosos, sectas o grupos esotéricos, a través de la droga o de cualquier técnica de relajación que conduzca hasta algún tipo de «éxtasis».

Se trata de cultivar la religión por la religión, sin ningún propósito o finalidad que no sea el sentirse bien. La vuelta a lo sagrado es un camino hacia la experiencia mística, que permite al posmoderno alimentar la sensibilidad, adentrarse en experiencias intensas, vivir a tope, sentirse bien y respirar distendidamente. El componente afectivo y emocional adquiere una gran importancia. Del culto a la diosa Razón pasa al culto a la diosa Emoción. Hasta aquí los contenidos de la Posmodernidad se han tomado del Padre Felicísimo Martínez, cfr. *op. cit.*, pp. 305-307.

2.ª PARTE. LA INCIDENCIA DEL CAMBIO CULTURAL EN LA EDUCACIÓN EN LA FE

1. MEDIACIÓN DE LA EDUCACIÓN CATEQUÉTICA RESPECTO A LA NUEVA CULTURA

Se trata ahora de intentar diseñar, aunque necesariamente tenga que ser a modo de sugerencia, cómo la educación catequética tiene que situarse y responder a ciertas realidades o valores de la nueva cultura. Quizá algunos piensen que cargo las tintas en los aspectos negativos de la nueva cultura, pero creo que esta crítica es un medio necesario para no dejarse absorber y diluir en ella.

– *Condiciones previas para educar catequéticamente para los valores de la nueva cultura*

Es evidente que la educación catequética ante la nueva cultura **no puede reaccionar** de una manera desafiante, impositiva, descalificadora, de

contraposición; proceder así ante la nueva cultura y sobre todo ante la juventud sería inútil, ni siquiera sería escuchada.

La manera de reaccionar sería educar para vivir antes lo que después se dice con las palabras, es decir educar no racionalmente sino empíricamente, el ofrecer silenciosamente, persuadir por el testimonio y por el contagio.

Y por otra parte el catequeta, al aproximarse a la nueva cultura, no puede refugiarse en actitudes preconciliares (Vaticano II) de rechazar **los justos valores de la cultura moderna**, como son el espíritu crítico, la valorización del pluralismo, el aprecio por la comunicación y la participación en todos los procesos que atañen al individuo, a la sociedad y al medio ambiente, la estima de la democracia, el escepticismo ante pretensiones absolutistas, al deseo de libertad y autodeterminación a la hora de configurar la propia vida, la tolerancia ante otras convicciones, etc.

2. RESPUESTAS CRISTIANAS FORMATIVAS ANTE LOS RETOS DE LA NUEVA CULTURA

En este apartado se pretende concretar, desde el punto de vista de la formación cristiana, qué hay que hacer, cómo se tiene que reaccionar, cómo hay que situarse cristianamente ante los factores y retos principales de la nueva cultura (véase Antonio M.^a Calero, «El formador ante los retos de la nueva cultura»⁶).

2.1. Respuesta a los retos de la cultura fragmentada y al pluralismo

Ante la fragmentación de la cultura y el pluralismo se debe formar cristianos que tengan una idea clara de **su identidad**, de lo que realmente significa

⁶ Antonio M.^a Calero, "El formador ante los retos de la nueva cultura". Confer, *Revista de Vida Religiosa*, n.º 111, julio/septiembre 1990, pp. 507-537.

ser cristiano hoy para ser capaces de vivir en la pluralidad y en la tolerancia. De manera que al mismo tiempo, desde su identidad cristiana bien definida, y bien estructurada, sean personas abiertas a la pluralidad humana, que sepan situarse ante lo no cristiano y sean capaces de discernir todo lo positivo que tiene ese mundo y se dejen cuestionar por él, sin adaptaciones difusas o diluidas, ni claudicaciones ante todo lo que tiene de negativo.

Ante el humanismo plural, fragmentado, ambiguo, los cristianos deben ofrecer la contracultura de una identidad definida y clara, **unificada desde el evangelio; un humanismo fundado sobre un hombre histórico, Jesús, que al mismo tiempo es Dios.**

La vida cristiana (y consecuentemente el Cristianismo) se funda en **una experiencia personal** de fe en Jesucristo vivo y resucitado; de esta relación interpersonal, la vida cristiana cobra su sentido, su fuerza, su valor y su fortaleza; el cristiano entra en relación con Cristo, no desde una iniciativa personal para buscar sentido a la vida, realizarse espiritualmente, encontrar la felicidad, etc., sino porque **Dios le llama a Sí mismo en Cristo, y el cristiano acepta esta llamada.** El aceptar a Cristo en la propia vida, su Cuerpo, que es la Iglesia, con toda su belleza e imperfecciones, ahora y para siempre, eso es ser cristiano.

Este encuentro personal con Cristo y sacramental de la Iglesia, vive y crece a través de las relaciones, se alimenta a través de la vida espiritual y con los demás, la acción humana, el trabajo, etc.; pero nada de esto puede suplir o reemplazar la primacía de la experiencia personal de la fe en Cristo.

Si nada en la vida cristiana puede reemplazar la experiencia personal de la fe en Cristo, la oración personal no se puede suplir con nada para llegar a esta experiencia personal de Jesús. La catequesis tiene que formar al cristiano para que sepa relacionarse con Dios, sepa comunicarse con Él personalmente, sepa sentir a Dios en una palabra, para que sepa orar y sea una persona de oración.

Esta experiencia personal de fe con Cristo vivo y resucitado, sobre todo en una cultura del sentimiento como es la nuestra, no se realiza sólo con la mente y la doctrina, sino tanto, o más, con el corazón y los sentimientos. Necesidad de una catequesis que aúna la formación de la mente con la doctrina y la formación de la sensibilidad, de los sentimientos y del corazón. Una catequesis racionalista no será ni comprendida, ni asumida por las personas de nuestra sociedad. De aquí se deduce, que tiene que educar al cristiano como **un entusiasta del Evangelio, enamorado de la Palabra de Jesús**, que tiene su Nuevo Testamento desgastado por tanto usarlo. Ante el espiritualismo y misticismo subjetivista, panteístico y sentimental, el cristiano debe mostrarse como una persona enamorada del Absoluto, de Dios, que tiene una sentida experiencia de Jesús que vive hoy resucitado y que me ama a mí personalmente.

2.2. Una sociedad relativista por un cambio vertiginoso, que no se sabe controlar a sí misma

El **relativismo social** viene principalmente por los cambios sociales y científico-técnicos, que son creados por los científicos que hoy viven, que son más numerosos que todos los científicos que han existido en todas las épocas históricas anteriores juntas. Es una sociedad que produce todo, pero no sabe crear la paz y la verdadera felicidad que brota de la limpieza del corazón. El **criterio de la producción** no es el bien de las personas o de la sociedad, sino el ganar dinero sin importar cómo, con tal de que se gane y cada vez más.

Se producen y se ponen en funcionamiento tal número de descubrimientos que la sociedad se ve **incapacitada para controlarlos**; se pueden citar como ejemplos de este crecimiento descontrolado: el mundo minoritario cada vez más rico, y una gran mayoría humana de pobres y hambrientos, invasiones de los pobres sobre los ricos (pateras), las vacas locas, las lluvias ácidas que asolan bosques y campos, la capa de ozono que altera el

clima de la tierra y derrite los hielos de los polos, guerras biológicas; el mismo 11 de septiembre, el ántrax, es el descontrol de medios técnico-científicos en manos de los terroristas; y así se podrían ir enumerando casos y casos de cambios descontrolados. **Nadie se atreve a predecir el futuro y menos un futuro feliz**, porque los cambios son de tal calibre en cantidad y en calidad y en descontrol, que no se sabe hacia donde va la humanidad, si va a crecer, o va a autodestruirse; realidad que genera un profundo desencanto social y humano y un pesimismo por la falta de sentido de la vida, que tiene razón la *New Age* en acusarlo y en querer reaccionar contra él.

Este relativismo social carece de principios absolutos respetados por todos; no tiene perspectivas de futuro, porque el ritmo vertiginoso de los mismos cambios no permite saber con seguridad a dónde se va; y tiene un sentido universal de globalización puramente material a través los medios de masa y de la economía multinacional sin conciencia ética, ni personal ni colectiva, de que nuestros actos personales o colectivos **afectan realmente** al resto de los seres humanos, no importa lo lejos que estén de nosotros; **todo este relativismo social cae como una ola sobre la persona humana**, indefensa ante la gigantesca presión social, y la transforma, aun en contra de su voluntad. El tipo de persona que esta cultura suele generar es el individuo que no cree en nada que sea absoluto, no cree en lo que sea permanente en el tiempo, ni mucho menos en una eternidad, que no tiene capacidad de concebir, y, mantiene a la persona con un sentido primitivo de la universalidad, que consiste en la apreciación de lo que ve en el cine y la televisión, pero sin cercanía humana y moral ninguna ante sus semejantes (aunque brotes positivos apunten cuando la gente responde a las colectas por las grandes catástrofes de terremotos y desgracias humanas).

Esta somera descripción sociológica del relativismo social y personal ya nos indica dónde tiene que insistir la formación en la fe.

- Desenmascarar los engaños del relativismo: esto supone que el catequeta tiene que ser un gran **conocedor de nuestra cultura** y catequizar desde

ella, admitiendo todo lo que esta cultura tiene de positivo, pero no acobardarse, ni ceder, ni pasar por alto, sino denunciar todo lo que esa cultura tiene de negativo. La catequesis debe transformarse en un medio para transmitir y comunicar a los otros, y a nosotros mismos, **que merece la pena vivir, ser hombre y mujer, abrirse a los otros y al totalmente Otro.**

- Así como el catequeta debe ser un profundo conocedor de nuestra cultura, es esencial que la catequesis misma lleve al cristiano al **conocimiento profundo de la propia cultura**, para que sea estimada en sus vertientes positivas, pero que no se deje alinear, ni manipular por ella. Una catequesis independiente de la cultura que se vive en la calle, está desvalorizada en sí misma.

- Los Medios de Comunicación Social son una verdadera escuela de masas para formar a la gentes en un relativismo agudo al proporcionar una ingente información, la mayoría de las veces descontrolada en la calidad y la cantidad y, sobre todo, atiborrada de mensajes y valores subliminales que la gente asimila sin darse cuenta de ello: la catequesis debe tener como prioritario formar el sentido crítico del cristiano ante esos medios, despertar la pasión por la verdad y el rechazo valiente de la monopolización y la manipulación. La misma catequesis debe elaborarse con un talante crítico, todo lo contrario a un talante de sumisión, de obediencia ciega y de espíritu paternalista, que si fueron buenos en otros tiempos, hoy ciertamente no valen para formar a un cristiano de hoy. El sentido crítico debe ser en la línea del **espíritu de discernimiento**, personal y colectivo, que aprecia las personas y cosas en su justa medida, sin supervalorarlas o minusvalorarlas, reconoce los pros y también los contras.

- La cultura se presenta ella misma como **hedonista**, frágil, «light», inestable, cambiante, de pensamiento débil, que no estima lo razonable, sino lo apetecible, lo agradable, el capricho personal sin imperativos categóricos; el cristiano debe manifestarse como una persona fundada y regida por la firmeza y consistencia de los valores del evangelio, que ofrezca la imagen

de una personalidad sólida con capacidad de aguante, que acepta el sacrificio en la vida y que siendo perseverante y constante es al mismo tiempo flexible (no dogmática), que sabe encajar las dimensiones positivas de la vida, pero también las dimensiones negativas (como son el dolor y la muerte).

- El relativismo desemboca de una manera ineludible en una **falta de sentido de la vida**, que afecta a la mayoría de la gente de nuestros días y sobre todo a las jóvenes generaciones; este relativismo se apoya en gran parte en la pérdida del sentido de la historia, que vive sólo el presente, el «hic et nunc», y, por tanto, en la descalificación de las tradiciones que son las que orientan y guían los actos de la persona humana; se dice que estamos en la época del fin de la Historia; la catequesis está desafiada a proporcionar este sentido esperanzado en el ser humano y en la vida y a despertar el sentido de la Historia y de la Tradición Cristiana, que ha orientado y dado sentido a la vida de miles de santos y de mártires y de personas sencillas de todos los tiempos. El historiador Jacques Le Goff nos recuerda que «la destrucción de la memoria, de la historia del pasado, es algo terrible para una sociedad»⁷.

- El consumismo desemboca en una tristeza profunda y en una insatisfacción de tener más y más, que nunca se sacia; el ser insaciable y por lo tanto siempre descontento; insatisfacción de tener más, y se debe educar al cristiano para vivir **la alegría de la austeridad y el desprendimiento**, del que tiene la experiencia de que «hay más gozo en dar que en recibir».

- Despertar el sentido de la paz y de la alegría, no la falsa que viene del «comamos y bebamos que mañana moriremos», las buenas vacaciones, la doble casa, el buen coche y el viajar (estos indicadores son una síntesis de lo que se considera la felicidad estándar), sino la verdadera paz y alegría que brota de vivir el evangelio con el espíritu de las bienaventuranzas.

⁷ Jacques Le Goff, «Suerte y desgracia de las mundializaciones», *El País*, sábado 24 noviembre 2001, p. 18.

2.3. El individualismo seguro de sí mismo, producido por la nueva cultura, vive encerrado en férrea trama de las instituciones

La fragmentación de la cultura y el consiguiente pluralismo cerca y acorrala a la persona humana de tal manera que la obliga a encerrarse dentro de sí misma y a formar su propia conciencia, creándose una escala de valores que dependen de su propio arbitrio y de la poca libertad que le deja la sociedad; y, casi siempre, de una seguridad sobre sí mismas sorprendente, se terminan convirtiendo en personas de autonomía personal hermética, de un subjetivismo agudo, muy difíciles de dejarse convencer y estas características con frecuencia desembocan en el egoísmo. Creo que este tipo de personas no se deben confundir con lo que se llama *personas soberbias*, ya que estas actitudes están creadas y provocadas por una autodefensa personal ante una presión institucional y social exacerbada y no por una autoestima exagerada en sí mismas, que estaría más en la línea de la soberbia.

José María Mardones en su reciente artículo sobre «El sentido mediador de la educación» afirma: «El individuo en la sociedad actual está también «condenado» a unos ritmos de vida, unos comportamientos e incluso un estilo y una indumentaria por la red institucional, que apresa a los individuos como moscas entre las ruedas de su engranaje.

El trabajo, la economía, la burocracia, el ocio y la misma educación imponen unos horarios, unos ritmos «litúrgicos», inexorables y hasta esclavizantes. Asistimos a la paradójica situación que el sociólogo alemán Ulrich Beck ha denominado «individualismo institucional».

Un individualismo exultante que se tiene que realizar en medio de un entramado de instituciones férreamente diseñado⁸.

⁸ José María Mardones, «El sentido mediador de la educación», *Sal Terrae*, septiembre 2001, pp. 650-651.

- Educar para ser uno mismo en una sociedad que pretende esclavizar y adocenar a las personas, enseñar a liberarse de las presiones sociales e institucionales, a saber distanciarse de ellas y aguantar y sufrir su presión con un espíritu crítico.
- Pasar del depender de los demás, del tener que sufrirlos y defenderse de ellos, a ser para los demás, como decía el P. Arrupe; hacer ver que en las raíces del ser humano reside el ser para los otros y con los otros, que sin los otros ni siquiera puedo ser yo mismo; José María Mardones, en el artículo citado, dice que «la educación está siempre instada a esta tarea de formar verdaderas personas, individuos realmente tales... Sin sensibilidad solidaria, que es mucho más que mero movimiento emocional compasivo, no habrá salida para los problemas de nuestro mundo, para las tremendas desigualdades Norte/Sur, como para las injusticias y sufrimientos que acaorean el trato del día a día, del volver la cabeza ante el desconocido, del olvido o la exclusión de los que viven al lado, de la soledad del vecino de enfrente... Sin duda el educador deberá apoyarse en la sensibilidad y la actual proclividad al asistencialismo movido por las razones del corazón, pero debe tratar de insertar la solidaridad en las raíces sociales constitutivas de la hermandad radical humana y de la constitución del ser persona. Sin el otro no somos ni hay realización propia, ni democracia, ni felicidad, ni vida social humana».
- La autonomía individualista da prioridad a los propios intereses por encima del bien común; se debe formar al cristiano para ofrecer la imagen de una persona que vive el bien común antes que el bien propio, y esto porque lo practica, de una persona solidaria en la realidad de su vida comunitaria.
- El relativismo posmoderno proclama la pérdida de confianza en transformar la sociedad, el fin del progreso humano, el mundo no se puede cambiar; la proclamación de la fe y la lucha por la justicia son dos realidades que tienen que ir unidas en la catequesis cristiana; el cristiano debe mostrar

su compromiso por la justicia de querer cambiar las estructuras de una sociedad que hace más ricos a los ricos y los que más tienen y más pobres a los que nada tienen; pensemos que dentro de España y de Europa también tenemos el Tercer Mundo.

2.4. La libertad que se vive en la nueva cultura está encarcelada por el totalitarismo institucional

La catequesis debe enseñar a desenmascarar la libertad personal que ofrece la nueva cultura porque es una libertad que vive encarcelada por el totalitarismo institucional. El proyecto de autorrealización personal y de vida autónoma del que vive como le gusta y quiere, que proclama la nueva cultura está férreamente determinado por condicionantes institucionales de nuestra sociedad. Todo el discurso individualista, dice Mardones⁹, puede quedar en mera redundancia ante la dictadura institucional, sólo deja las migajas de la «vida privada» a la libre decisión del individuo. Urge descubrir la libertad en medio de la maraña institucional. Ser libre en el «campo concentracionario» (G. Agamben) de nuestra sociedad que conduce prácticamente al totalitario «hacer lo que los demás desean». La educación y los educadores tienen hoy la tarea de seguir apostando por la libertad y su ejercicio. Y están desafiados a confrontarse con las amenazas del conformismo institucionalizado. Formar individuos que realmente sean ellos, sepan para qué pueden vivir y no acepten plegarse a lo que hay... idear una didáctica de la formación en el espíritu crítico para desvelar las asechanzas de la publicidad y de las presiones de la masa de los medios de comunicación y de las modas, de las ideas preconcebidas o del silencio de ideologías y hasta del pensar.

⁹ José María Mardones, *op. cit.* pp. 655-656.

2.5. La tolerancia como valor muy proclamado y muy poco vivido y practicado

- Un mundo pluricultural y globalizado como el nuestro que vive en una pluralidad ideológica, moral religiosa. «Se habla de respeto al otro y hasta de enriquecimiento con sus propuestas, pero, finalmente, todos queremos quedarnos con nuestro estilo de vida e imponerlo a los demás»¹⁰.
- La catequesis tiene el reto y la gran tarea de educar para una sociedad pluricultural, de mezclas raciales, ideológicas, morales y religiosas, y ayudar y formar para convivir con personas diferentes sabiéndolas estimar y tratar como se merecen por ser seres humanos; en esto consiste la verdadera tolerancia.

CONCLUSIÓN

Esta exposición ha querido ser una descripción sociológica de nuestra cultura en la Europa occidental y un análisis de cómo esta cultura interpela y reta a la vida cristiana.

¹⁰ José María Mardones, *op. cit.* p. 658.